

CUENTO N° 159

TÍTULO: LA FOTO ROTA

SEUDÓNIMO: PANGUI

AUTOR: FELIPE ALBERTO CHACÓN OYANEDEL

Fue tomada en un día de diciembre, a fin de curso, en un patio del colegio de mi infancia. Aunque es en blanco y negro, la fotografía muestra la luminosidad leve y crepuscular del ambiente, lo que hizo necesario el disparo del flash para que la luz plasmase la escena. Yo tenía diez años y recuerdo muy bien que en ese preciso momento venía escuchando una reprimenda de mi padre a propósito de mis notas. Él decía algo así como que había venido con la esperanza de que verme obtener alguno de los premios y que no había recibido ni siquiera mención honrosa, que lo había decepcionado, que ya no sabía qué más esperar de mí. Cosas de ese tipo me decía.

Mi mamá estaba en la clínica aquella tarde, operándose la piel de unos molestos y peligrosos lunares negros y su reemplazo por mi papá no ha de haberme gustado para nada. Aunque era un niño y no sabía de muchas cosas, mi intuición me decía que en algún momento de la jornada tendría que soportar, en sus refunfuños, la mezcla entre su decepción por mi rendimiento colegial y los frutos fastidiosos de un mal día en la oficina.

El caso es que el fotógrafo disparó en esos instantes, plasmándolo a él, a sus treinta y ocho años. De porte imponente, erguida la figura en su terno gris, el pelo bien peinado hacia atrás. Parece en la foto la personificación del orden, si no fuera por mi bolsón de cuero que sostiene en una de sus manos, y cuyas tripas abiertas muestran un desordenado maridaje de útiles, cuadernos y carpetas. Camina con el rostro serio de labios apretados; sus ojos mirando fijos hacia adelante. Es la imagen andante de la decepción y, a la distancia de los años,

ninguna duda me cabe que, en esos instantes precisos, mi papá avistaba un negro porvenir para mí, que insistía en ser un alumno “del montón”. El niño que fui completa el cuadro. Aprieta los labios también, en solidario gesto de constricción después de escucharlo. Es en esa postura que la foto me retrata: marchando al futuro con los pantalones largos arrugadísimos, la corbata torcida, en medio del cuello de la camisa flácido que parece doblarse también, como su dueño, a las tajantes palabras que acaba de oír. Del bolsillo lateral de la chaqueta cuelga una regla.

Todo esto es lo que recuerdo de la fotografía en su dimensión original. La que tengo ahora entre mis manos, está trunca, y le resta la mitad. Mi madre, al parecer en algún momento de estos muchos años transcurridos, expulsó a mi papá de la imagen, quizás en venganza por los otros rumbos sentimentales que él tomó. El tiempo los reconciliaría después, pero en el caso de mi mamá, y dado su carácter, pienso que pudo haber perdón, pero no olvido. Se explica así que, de la fotografía, sólo quede aquella mitad que me muestra solamente a mí, a los diez años, caminando con paso cansino y resignado.

Pisan nuestros pies un sendero de pastelones y de tierra, mientras la sombra de nuestros cuerpos se proyecta en los muros cercanos de ladrillo. Ese escenario que la fotografía me pone al frente, me lleva ahora, por asociación de pensamiento, aún más atrás en el tiempo. Cuando tenía cinco años, y me postularon en el primer curso del colegio, cuando hacíamos antesala con mi mamá en la oficina del rector. En aquella ocasión ella me adiestraba con una sonrisa, era una sonrisa completa: de dientes, de pómulos alegres y ojos

vivaces; se servía de esa sonrisa para acompañar sus palabras, para animarme a estar a la altura de sus expectativas : “usted es un niño inteligente y no me va a defraudar... ¿verdad?”. Eran los instantes previos a que apareciera el señor rector. Después sabría que se llamaba Tarragó y que se trataba de un ciudadano español, catalán, mejor dicho. Alguien que había llegado, como tantos otros refugiados de la Guerra Civil Española, en el Winnipeg, ese barco emblemático que – también me enteraría después- había fletado el buen Pablo Neruda desde las costas francesas de Burdeos, para acoger a una parte de los perseguidos del franquismo. En la foto que sostengo no aparece el niño de cinco años, pero yo ahora lo veo sólo a él, enfrentado al temor de defraudar a la mamá, en los segundos previos a que el señor rector apareciese en escena, mostrando sus ojillos pequeños y movedizos detrás de sus lentes sin moldura; antes de que acariciara mi mentón, para preguntar:

“¿Y cómo se porta este muchacho?”

Miro de nuevo la foto y los muros que muestra como escenario de esos días de infancia. Siento ahora la tentación de escaparme, pero no puedo. En cambio, es a ese niño que sigo visualizando, ese que, ante la inesperada pregunta, busca los ojos de su mamá, esperanzado de que ella entregue las respuestas correctas: que me porto bien, que soy un buen hijo, un hermano ejemplar y todas esas cosas. Pero no siempre los niños obtienen lo que esperan de sus padres y en este caso sólo puedo recordar que mi madre nada le contestó al rector y que, en cambio, dirigió sus ojos hacia mí sonriéndome, esta vez solo con la boca, para decirme:

“Conteste pues, usted no miente...dígame la verdad”.

Ante la sonrisa de mi mamá, invitándome a contestar con sinceridad la simple y sencilla pregunta del rector, regreso al presente. Me percaté del absurdo que tienen estos recuerdos y me pregunto si tiene sentido distraerme en situaciones de hace tantos años, cuando estoy ahora en medio de unas tribulaciones que sí son reales. Me rebelo ante esta ridícula pérdida de tiempo y me digo que no puedo permitírmela cuando tantos compromisos me esperan allá afuera. Pero porfiadamente retomo mis cinco años y sigo insistiendo en revivir el enigma vivido en esos instantes, a los segundos de la pregunta del rector: “¿Y... como se porta este muchacho?”.

¿Cómo confesarles que golpeaba a la vecinita que me llevaban para jugar?
¿Podría decir, así como así, que le quitaba el postre al hermanito menor? ¿Que aún mojaba la cama? ¿Había que mentir para no arriesgar mi entrada al colegio?
Por eso no contesté nada. La garganta se me contrajo y no me permitió pronunciar palabra. Sentía los segundos pasar y sabía que la pregunta del rector y la invitación de mi mamá esperaban una respuesta. Algunas sílabas puedo haber intentado, pero sí recuerdo bien mi propia sorpresa cuando, por sí solas, unas lágrimas salieron de mis ojos como única respuesta. No recuerdo mucho que es lo que vino después. Quizás el rector acariciándome la barbilla; o tal vez dándome con su mano la bienvenida al colegio.

Pienso ahora que aquel momento plasmado en la fotografía es precursor, en segundos, de aquel en que hubimos de haber cruzado, yo y mi papá, las oficinas de la rectoría, donde tuvo lugar la entrevista con lágrimas frente a la pregunta

del señor rector; y que, sin embargo, toda una eternidad transcurrió entre ese instante de mis cinco años y el de ese regreso a casa, cabeza gacha, acompañando con mi andar desganado el silencio de mi padre.

Termino, al fin, el examen de la fotografía. La he encontrado por azar, al retirar las pertenencias de mi madre desde el Hogar en que falleció. Persiste en mi la sensación del absurdo: la fotografía, con su universo de recuerdos y sensaciones; de sentimientos que provienen de un mundo desaparecido hace más de sesenta años.

La dueña del Hogar entra ahora en escena y me pregunta – quizás al ver en mi cara rastros de una emoción inocultable-, si se me ofrece algo, y me alcanza luego un vaso de agua, obligándose a las condolencias por la pérdida de mi madre. Atiné a decirle lo usual en estos casos: que la partida de mi mamá era dolorosa, aunque esperable, dada su edad y enfermedad; que sabía que ella estaba en paz, descansando después de una vida de luchas. No habría podido entender que mi cara conmocionada, que ella venía de notar, pudo tener un origen más pedestre y sin importancia real. En una vieja y ajada fotografía. En su chispazo de luz y aquel instante fugaz que me permitió aparecer. Con mi andar desgarrado, la cara tensa, de labios apretados; los ojos tristes y desconfiados mirando al porvenir. La evocación del niño de cinco años que llora, buscando los ojos de su madre.